

Capítulo 1

El mulo enfermo

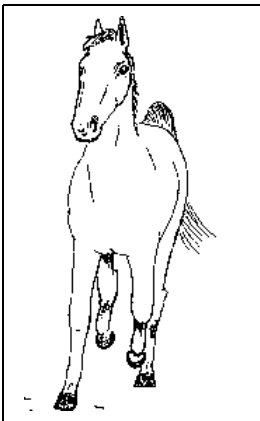
Nunca se aparte de ti la misericordia y la verdad; átalas a tu cuello; escríbelas en la tabla de tu corazón; y hallarás gracia y buena opinión ante los ojos de Dios y de los hombres (Proverbios 3:3-4)

Entre los animales que había en la casa se encontraba una mula, vieja ya, tanto que el dueño no recordaba ni cuando la habían comprado. Decía que debía tener 20 años. Y 20 años en un animal son muchos años.

El mulo ayudaba a toda las tareas de la casa; llevaba las cargas de un lugar a otro, tiraba del arado, servía para trillar en la era y separar el cereal de la paja; o llevaba las aceitunas recién recogidas a la almazara, donde eran exprimidas para extraer el aceite. El animal no paraba.

Un día se puso enfermo y por primera vez en los 20 años se le dejó en casa. Pero este descanso duró sólo un día. Al día siguiente volvió al trabajo. Pero cada vez se le veía con menos fuerzas; andaba con la cabeza baja, no trotaba y le costaba levantarse para salir a trabajar.

Pero ya había llegado su tiempo. Y una mañana se sintió especialmente cansado. Su amo, viéndole postrado en el establo, le dejó y se llevó a otro potro joven; pero al cabo de un rato el mulo se levantó y salió siguiendo el rastro del potro y de su dueño, pero las fuerzas le fallaron, y se cayó en el camino.



Allí estaba jadeando cuando pasaron los dos niños mayores, Toni y Miguel; cuando vieron al mulo caído se acercaron lentamente y le chillaron para que se levantase. El mulo lo intentó y no lo consiguió; entonces Toni enfadado cogió un palo y le pegó; el mulo lleno de dolor se levantó pero al poco volvió a derrumbarse; entonces fue Miguel quien, desde lejos, se puso a tirarle piedras. Muchas caían lejos pero algunas le daban de lleno en la cabeza o en los lomos, o en el costillar; y esas piedras dolían.

El ruido que hacían atrajo la atención de Isabel, quien al ver al mulo en el suelo y a su hermano y primo tirándole piedras se enfadó mucho y se marchó corriendo diciendo que iba a llamar a su madre.

Al poco volvió acompañada, efectivamente, de su madre y de la maestra. Ambas se quedaron sorprendidas y ordenaron a ambos que dejaran al mulo. El muchacho lo hizo de mala gana y se alejaron hacia la casa. La maestra avisó a los hombres del estado del mulo y éstos marcharon hacia allí. Al cabo de un rato volvieron contando que el mulo ya no sufría, que había muerto.

Inés entró en la habitación que servía de escuela, donde ya estaban los niños.

- Sentaos –dijo.

- ¿Qué vamos a estudiar hoy, señor? - dijo Luís a quien le gustaban las Matemáticas.

- Yo “quielo” un cuento- dijo Lucía con su media lengua-

Toni, Miguel e Isabel no decían nada. Miraban distraídos por la ventana y tenían aspecto cansado.

- Está bien, hoy os voy a contar una historia. y luego cada uno de vosotros me explicará que quiere decir- señaló la maestra.

Hace años había un rey muy joven que tenía un soldado que ya había servido a las órdenes de su padre. Siempre se había destacado por su fidelidad permaneciendo atento a las necesidades y deseos del rey. Siempre le servía sin preguntar las causas de sus órdenes; se levantaba antes que el rey; le encendía el fuego para que la habitación estuviera caliente, le servía el desayuno y luego esperaba a recibir órdenes.



Cada día el rey le mandaba a lugares diferentes; unas veces a llevar unas cartas a algún señor, otras tenía que preparar una cacería, en ocasiones debía llevar instrucciones a la cárcel del reino y no pocas veces debía cumplir alguna orden que por su peligrosidad debía ser mantenida en secreto. Y él lo hacía todo fielmente y sin protestar.

Pasados muchos años de esta relación estrecha entre el soldado y el rey; y a la vez que éste llegaba a su madurez, el soldado se hacía más y más anciano. Ya no tenía tanta fuerza pero seguía deseando servir a su señor y éste no parecía darse cuenta de que las fuerzas del servidor iban disminuyendo. A veces el viejo soldado pensaba que ya no podía ayudar al rey y que éste, en cualquier momento, le apartaría de su lado.

Un día de invierno el rey le mandó ir al castillo de un conocido señor, que vivía al otro lado de un caudaloso río, para entregarle la orden de partir a un viaje. El soldado se apresuró a obedecer pero llegado al río vio que había una gran crecida y que el puente estaba a punto de ser rebasado por el agua.

Dudó por un momento, pero se acordó de la orden recibida y se dispuso a cruzar. Cuando estaba a mitad del puente sintió que éste temblaba y, después con un gran crujido, se derrumbó. El hombre fue arrastrado por las impetuosas aguas.

Trató de mantener al menos la cabeza fuera, y después de un buen rato de ser hundido y elevado sintió que tocaba fondo; alargó la mano y se asió a la rama de un árbol y quedó en la orilla.

Hacía frío, estaba tiritando. Intentó caminar para no quedarse helado, pero finalmente cayó desmayado.

Cuando despertó oyó al fuego crepitar antes de verlo; abrió los ojos y entonces vio que se encontraba en una cabaña caliente e iluminada por el fuego en el cual había una olla con algo hirviendo en ella y que daba muy buen aroma. Después de un rato sintió que alguien entraba; era un hombre de larga barba con un brazado de leña. Cuando vio que estaba despierto le acercó un cuenco con sopa caliente y con suavidad y una cuchara, por supuesto, le fue dando el caldo hasta que se le acabó.

Cuando preguntó qué hacía allí acostado, el hombre de la barba le dijo que una patrulla, mandada por el rey, le había recogido hacía una semana cerca del río, totalmente mojado y prácticamente muerto. Ante la gravedad de su estado el rey había ordenado que se le cuidase hasta que mejorara lo suficiente para volver al castillo. ¡Podía estar agradecido al rey ya que éste no había cejado hasta que lograron encontrarle! Y cada día mandaba a alguien para informarse de su salud.

El soldado estaba feliz ¿cómo había dudado del su rey? ¿Cómo pudo pensar que le iba a abandonar cuando ya no fuera tan útil? Cuando viera al rey le diría lo mucho que había significado para él que hubiera mandado que le cuidaran.

Y poco a poco fue recuperándose y aunque su estado era ya muy débil se repuso lo sufriente como para poder emprender la marcha hacia el castillo.

Cuando se acercaban a la fortaleza vio que ondeaban las banderas en las almenas y que los trompeteros estaban preparados como cuando se va a recibir a una persona muy importante. ¡Alguien debía de llegar que iba a ser muy bien recibido! ¡Debía ser un gran señor!

Por eso cuál no sería su sorpresa cuando uno de los nobles se puso delante del coche de caballos que le llevaba y empezó a decir.

- ¡Inclinaos ante el amigo del rey, el que le ha servido fielmente hasta casi morir por cumplir las órdenes! ¡Sea honrado este soldado y todos imiten su forma de obrar!

Y las trompetas tocaron para él, un humilde soldado que había tenido por señor a un gran rey.

- Y esta es la historia- concluyó la maestra - ¿Habéis aprendido algo? – dijo mirando especialmente a Miguel y a Toni.

Luis, Laura y Javier aplaudieron porque el cuento les había gustado y dijeron que el rey era un gran hombre que sabía querer y honrar al fiel soldado y que ellos querían tener un rey como ese.

Isabel miró a Toni y Miguel quienes estaban profundamente consternados. Ellos sí habían entendido lo que la maestra les quería enseñar. **Es un gran señor el que sabe mostrar misericordia, respeto y amor con el que ha servido fielmente.**

Ellos no se habían portado bien con el mulo que, aunque era un animal, debía recibir trato adecuado. El animal había sido fiel y trabajador durante muchos años, y cuando estaba ya muy débil y a punto de morir no supieron dejarle tranquilo sino que se mostraron como bellacos. Estaban realmente arrepentidos y, aunque intentaron

disimular, los ojos se les llenaron de lágrimas. Ahora les hubiera gustado que el tiempo retrocediese para que nada hubiera ocurrido.

Pero el tiempo nunca retrocede y las acciones que realizamos siempre tienen consecuencias.

Y ambos se prometieron no volver a mostrarse duros, indiferentes y egoístas con ningún animal, y por supuesto con ninguna persona.

¿SABES MOSTRAR MISERICORDIA CON LOS MÁS DÉBILES?

M.L.V.Cuadros